

REVISTA GADITANA.

Número 19.

LAS MAQUINAS

NO AUMENTAN LA FUERZA.

Que se admitan y propaguen ciertos errores en las ciencias morales y políticas, que deliendan unos con teso principios diametralmente opuestos á los que otros sustentan, que cada cual crea que la opinion de su contrario es falsa mientras que la suya es verdadera, no nos admira ni aun nos parece extraño; pues la naturaleza de las ideas no permite á veces distinguir lo falso de lo cierto, ni el error de la verdad. Pero lo que nos sorprende sobre manera es, ver estendidos y arraigados en muchos maquinistas errores de mecánica imperdonables, cuando esta ciencia lleva consigo el convencimiento y la precision.

Siempre son de importancia los perjuicios que acarrea á la sociedad la creencia de un error, la admision de un principio falso; pero el mal llega á su colmo si se trata de la base de una ciencia y especialmente de una ciencia exacta. Y esto es tan cierto, que han abortado en esta provincia un sin número de proyectos mecánicos, solo por haber partido de un error, que nos proponemos combatir.

Querer hacer investigaciones en mecánica sin haber saludado los elementos de

la ciencia es demasiada osadía, que las mas veces cuesta caro á quien lo intenta: y he aqui precisamente lo que sucede á muchos de nuestros titulados maquinistas. Proviene esto de una preocupacion muy general entre esa clase de personas, y muy arraigada tambien en nuestros artesanos; creen que la teoria y la práctica nada tienen de comun, lo que equivale á decir, que no hay punto de contacto entre la accion y el pensamiento, que un mismo cuerpo no une la cabeza y el brazo. Tiempo es ya de que se desengañen y sepan, que mientras no adquieran algunas nociones de la teoria nada podrán adelantar, y que serán vanos todos sus esfuerzos y ridiculas sus pretensiones. En prueba de lo que decimos, haremos mencion de algunos proyectos intentados en este pueblo, por personas que, desconociendo los elementos de las ciencias, han dado todas en el mismo escollo, sin haberse siquiera apercebido de ello.

No hace mucho presentó D. N. Santaella á la ilustrada Sociedad Económica de esta ciudad un modelo de una máquina destinada á poner en movimiento un barco; so conseguia este efecto con el auxilio de un muelle que, al desarrollarse, ponía en accion las paletas de una rueda. El inventor de este aparato se propuso obtener, sirviéndose de dos ó tres hombres, el mismo efecto que produce el vapor. Segun nuestros cálculos se necesitaban 130 hombres para bandir el resorte y conservar el movimiento, siempre que se tratara de mover

un barco como el Sol con la velocidad de legua y media por hora. También resultaba del cálculo que el tambor debía tener una circunferencia como la plaza de San Antonio. El Sr. Santaella supuso sin duda, que el resorte encerraba una fuerza, que, añadida á la del hombre, podría hacerle producir un efecto muy considerable.

Un carpintero de rivera, llamado Otero, nos enseñó, hace poco, un diseño de un mecanismo que habia imaginado, cuyo objeto era también poner en movimiento un barco. La máquina consistía en un sistema de palancas combinadas con un engranage. Según este maquinista, uno ó dos hombres bastaban para producir el efecto de quince ó veinte; ¡tal era la virtud misteriosa de la máquina! Tanto el Sr. Santaella como el Sr. Otero no han puesto en planta sus proyectos porque los hayan conceptuado quiméricos, sino porque no han encontrado, según dicen, ni amparo, ni protección. Otros han sido mas afortunados. Un comerciante de esta ciudad á quien estimamos por su talento y por su saber, favoreció hace tres años á una persona que se tenia por maquinista, alentándola para que pudiese en obra un mecanismo que habia ideado, cuyo objeto era mover con el auxilio de dos ó tres hombres, un barco mayor que un falucho del Puerto de Santa María, animado de una velocidad capaz de hacerlo andar dos leguas en una hora, ó hora y media. Estaba persuadido el inventor de la máquina, de que, con el socorro de un volante, y una combinación complicada de engranages, que transmitían el movimiento á unas paletas, se obtendría un efecto mas considerable del que los dos ó tres hombres eran capaces de producir. Sentimos que un hombre de talento, movido por un celo que le honra en extremo, fuera víctima de los errores y preocupaciones de que están

llenos esa clase de maquinistas. Tenemos entendido, aunque no podemos asegurarlo, que otro nuevo maquinista le ha ofrecido hacer andar al barco con uno ó dos hombres, conduciéndolo al Puerto de Santa María en una hora; si esto es cierto, le aseguramos, que los esfuerzos de ese maquinista serán completamente inútiles; y desde ahora nos aventuramos á decirle, que mientras no aumente el motor, esto es, el número de hombres, el efecto será el mismo. Son tantos los proyectos de este género que se han frustrado y frustrarán, por no haberse tenido en cuenta un principio mecánico, que ningún maquinista debiera ignorar, que si quisiéramos enumerarlos, no bastarían las columnas de la Revista. Dirémos sin embargo, para que sepan nuestros lectores hasta donde ha conducido á algunos este furor de descubrimientos mecánicos, que no hace muchos años, un relojero de esta provincia se propuso inventar un mecanismo para hacer volar al hombre; este maquinista nos comunicó su gigantesco proyecto; quisimos convenirlo; pero fue en vano; persistió en su propósito, construyó su aparato; y tenemos entendido que en el primer ensayo se dislocó un brazo y se rompió una pierna.

Al citar estos hechos no nos hemos propuesto analizar cada máquina, ni hablar de su construcción; hemos querido hacer ver que todos esos llamados maquinistas han incurrido en un mismo error, por mas que se haya presentado en cada caso bajo distinta forma. Todos han supuesto que una combinación mecánica bien ideada y construida con esmero, sería capaz de prestar al hombre, y en general al motor, una fuerza que no posee; creen en una palabra, que las máquinas son capaces de aumentar la fuerza. Error es este muy estendido por desgracia entre muchos de nuestros mecánicos prácticos, y no poco comun entre cierto número de personas ilustradas en

otras materias; y en nuestro concepto, es tan grave en un mecánico, como lo sería en un economista, creer que el dinero constituye la riqueza de una Nación. Nos proponemos atacar esta preocupacion, tanto para ilustrar sobre este punto á nuestros maquinistas como para evitar, si nos fuera posible, el daño que en lo sucesivo pudiera producir.

Cuando salen fallidas las promesas de un maquinista que ha tratado de mejorar ó de inventar algun mecanismo, cuando intentándose llevar á cabo un proyecto, acogido sin bastante exámen por accionistas que ofrecen sus capitales, ya á impulsos de una idea filantrópica, ya movidos por el deseo natural de la ganancia, se encuentran con un obstáculo invencible, el proyecto no se realiza, y quedan frustradas sus esperanzas. ¿Qué sucede las mas veces? ¿Estudian y analizan la máquina para hacerse cargo de sus funciones y saber si se ha tenido en cuenta el principio fundamental y la ley general á que está sugeto todo mecanismo desde el mas sencillo y tosco hasta el mas perfecto y complicado? Esto sería lo mas razonable; pero no es lo mas comun; sucede que al ver aumentarse sus pérdidas abandonan la empresa con propósito firme de no fiarse mas de ningun maquinista; culpan mas á la ciencia que al hombre; nace la desconfianza general hácia este género de proyectos; el número de empresas disminuye; los hombres de verdadero mérito se desaniman y se avergüenzan, viéndose confundidos con los charlatanes é ignorantes, y lo que es mas el ridiculo no cae sobre estos últimos, únicos dignos del desprecio público.

El ser tan comun el error de que nos lastimamos, proviene á nuestro entender de no formarse una idea exacta de la fuerza, cuyos elementos constitutivos se ignoran y de que, fijando la atencion en uno de ellos, se desprecian los demas. Por esto nos ha parecido conveniente es-

plicar la fuerza y dar á conocer los medios de valuarla.

La fuerza motriz, cualquiera que sea su naturaleza y su origen, es una cantidad abstracta, no está bajo el dominio de los sentidos, es propiamente una concepcion, es la causa oculta del movimiento, y por lo mismo solo podemos conocer y estimar la fuerza, describiendo y analizando el movimiento. Tan evidente es esa verdad, que aun las mismas personas cuyo error combatimos, al ver un cuerpo animado de movimiento suponen una fuerza que lo impulsa; dicen, por ejemplo, hablando de una corriente «¡qué fuerza lleva!» lo que prueba que ellos mismos no pueden comprender el movimiento sin la fuerza, pues no existe efecto sin causa que lo produzca.

Cuando se analiza el movimiento se hallan en él dos principios, sin cualquiera de los cuales deja de existir; el uno es la masa, el otro la velocidad, ó en otros términos, el cuerpo que se mueve y el espacio recorrido durante un tiempo dado; estos mismos elementos deben ser los componentes de la fuerza, y esto es tan evidente, que si sumáramos alguno toda la fuerza motriz desaparece; de aquí se sigue, que la fuerza será mayor ó menor segun aumente ó disminuya ya la masa movida, ya el espacio que esta recorre. Una experiencia diaria nos revela este hecho importantísimo. Tratamos de clavar un clavo ó destrozamos un cuerpo con un martillo; si su peso es por ejemplo de 20 libras, tenemos muy buen cuidado de dar dulcemente los golpes; pero si es mas ligero el martillo, si solo pesa dos libras, los redoblamos naturalmente levantamos mas el brazo y damos con mas velocidad, á fin de compensar por la rapidez de accion, la disminucion de la masa que obra. Y si la fuerza depende de estos elementos, ¿no podrá muy bien suceder que sea movida una gran masa por una fuerza muy pequeña con tal que la velocidad haya decrecido proporcionalmente? ¿Y

no será tambien posible que una masa muy pequeña necesite de una gran fuerza, si ha de estar animada de mucha velocidad? Una bala de pistola, arrojada por la pólvora, se halla en este último caso, la masa es bien pequeña al paso que la rapidez del movimiento es considerable; lo que nos hace suponer un gran poder y aun deducir el tamaño de la fuerza. De estas primeras nociones sacamos dos consecuencias: la 1.^a que si se vence en un caso una resistencia mayor que en otro, no debe inferirse que la intensidad de la fuerza haya aumentado, si al propio tiempo ha disminuido la velocidad: la 2.^a, que podemos considerar la masa y la velocidad como dos factores, cuyo producto mide la fuerza, y esta no cambiará de valor si la alteracion que sufre cada uno de aquellos, está en razon inversa, esto es, si el uno se hace tanto mayor cuanto menor se haga el otro. Si un hombre mueve con el auxilio de una palanca una piedra, cuyo peso es décuplo del que puede levantar con sus manos, y cuya velocidad es 10 veces menor que la de la mano del hombre, no por eso deberemos concluir que ese ha obtenido un efecto diez veces mayor con el socorro de la palanca, pues se han equilibrado los incrementos y decrementos de los componentes del motor. Este hecho mecánico se ve repetido en todas las máquinas, y es tan cierto y tan general, que el célebre Mr. Lagrange lo toma por fundamento de su mecánica analítica bajo el nombre de principio de velocidades virtuales. Pudiéramos finalmente demostrarlo con el socorro de los cálculos diferencial é integral, con todo el rigor y generalidad que resultan del análisis; pero solo seríamos comprendidos por los geómetras y de ningún modo por los artistas y artesanos; faltando al principal objeto que nos habíamos propuesto, deseamos poner al alcance del mayor número de personas posibles, los conocimientos mas elevados de la ciencia, y por

eso apoyaremos nuestros raciocinios únicamente en el sentido comun.

Una máquina, por mas ingeniosa, por mas perfecta que sea su construccion, no es ni será nunca mas que un conjunto de piezas inertes, ya de hierro, ya de madera ó ya de cobre. El reposo es su estado natural; y cada una de estas piezas por haber tomado una forma particular, por haber cambiado sus dimensiones, podrá prestar al motor el movimiento que no tiene? Solo al movimiento es dado engendrar el movimiento: y se conseguirá no poco, solo con comunicar al trabajo todo el que la máquina ha recibido del motor. Creer posible que una combinacion mecánica traslade mas accion que la que ha recibido, es creer que un efecto puede ser mayor que su causa. Las máquinas léjos de aumentar la fuerza la disminuyen, rigorosamente hablando, porque los roces y las resistencias pasivas de las piezas de que están formadas, son otros tantos obstáculos que se oponen constantemente al movimiento.

Si supieran las personas que incurren en el error que combatimos, cuanto absorben el movimiento las máquinas de vapor, si les fuese posible valuar con precision la tension que el vapor tiene ántes de llegar á la válvula de admision, si apreciaran su fuerza en aquel momento, refiriéndose bien á la de un caballo, bien á la presion atmosférica, y calculásen en seguida el efecto de que es capaz aquella potestad mecánica, no podrian ménos de sorprenderse al ver que por lo ménos un tercio de la fuerza se habia disminuido en la trasmision. Y ¿por qué, se nos preguntará, con el auxilio de una prensa la mas sencilla, podemos ejercer una presion infinitamente superior á la que obtendríamos con nuestras manos, ó con todo nuestro cuerpo? ¿Cómo levantamos masas enormes con tornos ó cabestantes, con garruchas ó poleas? ¿Cómo por medio de los remos ponemos en movimiento un bar-

co, aunque se nos oponga una rápida corriente? ¿Cómo en fin, movemos grandes masas con el auxilio de las máquinas, mientras nuestros esfuerzos serian vanos, si nos propusiéramos hacerlo con nuestros brazos? Hechos son estos que alegan en apoyo de su opinion los sostenedores del error que combatimos. Creen que á la prensa, á las poleas, á los remos en fin, es debido el aumento del efecto conseguido.

¿Si creerán tambien que de cada poro de la madera ó del hierro ha brotado una corriente de movimiento con el solo objeto de acrecentar el efecto? Estos hechos en vez de impugnar nuestro aserto, lo corroboran; porque demuestran que las máquinas están sometidas á una ley: la de descomponerse la pieza, la de perder uno de sus elementos lo que gana el otro, y la de verificarse en fin, una verdadera compensacion. Fácil será convencerse de ello, fijando la atencion en la prensa, en el torno, en la palanca &c., porque se verán los espacios corridos por la resistencia tanto menores, cuanto mayor sea la misma resistencia vencida. Tan cierto es esto, que en la prensa, por ejemplo, todo maquinista debe saber, que mientras la resistencia anda un espacio representado por el paso de la hélice, la mano del hombre ha descrito una circunferencia, cuyo radio es la longitud del manubrio, mas el radio del cilindro; de suerte, que ha habido un cambio de velocidad entre el motor y la resistencia, ¿y en qué razon? cabalmente en la inversa en que se encuentra la potencia y la masa oprimida; porque está demostrado que se puede vencer mas resistencia mientras mas estrecho es el paso de la hélice, ó mas longitud tiene el manubrio; por eso el tornillo sirve principalmente para producir un gran efecto de masa y poco de velocidad, con un esfuerzo pequeño de la primera, y grande de la segunda. Puede con mas facilidad observarse este hecho en una palanca. El que tratara de mo-

ver un canto de gran peso, naturalmente introduciria por debajo de él una porcion pequeña de un palo ó palanca, y apoyando un extremo en la tierra, aplicaria la fuerza en el opuesto. Supongamos, para mayor claridad, que la palanca tenga una vara de longitud, y que desde el punto de apoyo hasta la resistencia haya 4 pulgadas; es evidente, que la potencia ó la mano del hombre, tendrá que describir un arco de círculo, cuyo radio es de 36 pulgadas, mientras el canto recorre un espacio representado por un arco de 4 pulgadas de radio y del mismo número de grados, de manera que la velocidad de la potencia, deberá ser nueve veces mayor que la de la resistencia. ¿Será esto una desventaja en la palanca? seguramente no; porque en cambio, la resistencia vencida habrá de ser nueve veces mayor que la que la mano del hombre pudiera vencer; esto es, que si el hombre puede mover una piedra de cinco arrobas por este medio, moverá una de 45; pues la potencia y resistencia en esta máquina se hallan en razon inversa de los brazos de palanca.

En el torno ó cabestante podemos hacer la misma observacion; se quiere elevar una gran masa con un pequeño esfuerzo y se da naturalmente al radio de la rueda mas longitud que á la del cilindro, logrando con este medio el ascenso mas comodamente á medida que es mayor la diferencia.

De notar es, que la velocidad de la primera crece proporcionalmente, pues el espacio que recorre en cada revolucion, lo representa la circunferencia de la rueda, ó la descrita por el radio del manubrio, mientras la masa solo anda un trecho representado por la circunferencia, lo que no puede ofrecer duda alguna, porque, estando fijo el manubrio al cilindro, á cada revolucion del primero corresponde una del segundo, y el cuerpo se eleva tanto cuanto se enrolla la

cuerda; esto es, cuantas vueltas da el cilindro. Este principio es general á las máquinas; no hay una que no goce de la propiedad de descomponer los elementos de la fuerza motriz, conservando su intensidad y sin cambiar el efecto. He aquí la razón de estimar en la mecánica la fuerza por un peso elevado á una cierta altura en un tiempo determinado. Esta consideración es independiente de la clase de motor, de donde emana la fuerza: tanto es aplicable al hombre como á la bestia, al viento como al vapor y tan cierto es que no se pueden separar en una operación industrial los elementos del valor de un efecto producido, que si tuviésemos que pagar á un hombre ocupado en elevar una cierta cantidad de agua, según la fatiga que le produjera este trabajo, estableceríamos el precio para conciliar los respectivos intereses. 1º, sobre la cantidad de agua elevada: 2º, sobre la altura á donde la llevase y 3º, sobre el tiempo que se emplease en suministrar el agua pedida. Cambiase el valor de cualquiera de estos elementos el precio cambiará, si se paga como es debido el trabajo, en razón del gasto de fuerza que exige y de las fatigas que produzca.

Dedúcese de lo que hemos dicho, que no aumentando las máquinas la intensidad del poder mecánico, nunca será posible producir un grande efecto con una pequeña fuerza, cualquiera que sea el mecanismo de que se haga uso, y serán quiméricas las investigaciones mecánicas que tengan por objeto conseguirlo. La naturaleza ha señalado á cada motor sus límites que jamás le es dado pasar.

No faltará sin embargo quien nos pregunte ¿si las máquinas no aumentan la fuerza motriz, cual es su objeto y cuales los beneficios que puede de ella reportar la industria? Lo explicaremos con algun detenimiento en otro artículo que pensamos dedicar á la elaboración de los aceites limitándonos por ahora á decir, que las máqui-

nas sirven para cambiar los componentes de la fuerza, ya venciendo con su auxilio grandes resistencias á costa de la velocidad ya aumentando la rapidez de acción á expensas de la resistencia. Sin las máquinas no es posible transformar ni transmitir movimiento y con ellas se uniforma y regulariza la acción. Sin su socorro, de nada serviría la fuerza expansiva del vapor, ni la corriente mas rápida de un río. Por último, las máquinas recogen el movimiento y lo acumulan en los casos convenientes. Aunque un mecanismo no añade nada á la intensidad del poder motor, puede producir realmente mas efecto que el obtenido directamente por él, porque suele sacar de la fuerza mejor partido, disminuyendo las pérdidas; pero sin esceder nunca de los límites naturales.

JOAQUIN RIQUELME.

SOBRE LA EDUCACION

DE LA GENTE

del Campo.

Las costumbres toscas de nuestros labradores y jornaleros de campo, y los escosos que en algunos se advierten, dimanan de la falta de protección que experimenta esta clase benemérita, y de carecer de establecimientos de enseñanza pública. Todos honran de palabra al labrador; todos le elogian; todos publican que la agricultura es la base de la riqueza y prosperidad Nacional. Pero al mismo tiempo que por todas partes se repiten estas verdades, la corrupción de costumbres, el trastorno de ideas, la fascinación que causa una brillantez exterior, nos hace mirar con cierto desprecio las manos toscas y el vestido grosero del labrador, y que preferiríamos los oropeles y mo-

ños de un escribiente, de un oficinista, ó de un ridículo artesano. Al paso que estos se ven libres de todo gravámen, los experimenta sin cesar el infeliz trabajador del campo, verificándose lo que dijo el juicio-so Navarrete: «Que la mayor parte de los «gravámenes está impuesta sobre los fla- «cos hombros del afligido gremio de labra- «dores, contra quienes se cortan siempre «las cavirosas plumas de los escribanos, se «afilan las espadas de los soldados, y se «encaminan las perjudiciales quimeras de «los arbitristas.» Esta opresion es la que constituyendo al labrador en la miseria y abatimiento, lo hace una especie de autó- mata que solo mueve los brazos para cul- tivar la tierra, y ganar una comida mez- quina, sin que pueda pensar en su instruc- cion, en la de sus hijos, ni llegar á conocer jamas los deberes de un buen ciudadano.

Hondas y muy antiguas son las raices del desden y menosprecio con que se mira la agricultura, y de la opresion y abati- miento en que están los labradores. Los Griegos, pueblo ingenioso é inclinado á to- do lo que es propio de la imaginacion, des- preciaron lo esencial para dedicarse á las sutilezas del espiritu. Llegaron á ser filó- sofos, legisladores, poetas y oradores; y la agricultura fué abandonada á los esclavos. Los Atenienses, cuyos progresos en las le- tras y en las bellas Artes son todavia nues- tra admiracion al cabo de tantos siglos, pa- saban su vida en el teatro, ó en la plaza pú- blica; y los magistrados tenian que hacer venir por el mar los víveres necesarios. Los Lacedemonios, cuya virtud tosca y ci- vica es tan alabada, dejaban á los hilotas, á quienes trataban como bestias de carga, el cuidado de alimentarlos. Los primeros romanos cultivaban por sí mismos sus tier- ras, y nunca fueron mas grandes que cuando supieron contentarse con sus pro- pias legumbres, y unir los trabajos de la la- branza con los de la magistratura y genera- lato. Pero el espiritu de conquista les hizo

olvidar las costumbres austeras de sus an- tepasados, y las campañas de Italia fueron entregadas á los esclavos. Los bárbaros del Norte devastaron este Imperio debili- tado y formaron nuevas Potencias; y no conociendo mas virtudes que las que se fundaban en la lanza y en la espada, esta- blecieron la tiranía de los Señoríos feuda- les, y la agricultura cayó en el último gra- do de envilecimiento, del que apenas ha podido relevase todavia.

¿Debemos, pues, estrañar que nuestros hombres de campo sean groseros, carez- can de toda civilidad, no tengan mora- lidades, no respeten el sagrado derecho de propiedad, sean vengativos, ignoren lo que deben al Soberano y á la patria; en una palabra, no hayan llegado á co- nocer ni aun los primeros elementos de las virtudes sociales? ¿Por qué se les acu- sa y se les mira con menosprecio, quan- do no se ha cuidado jamas de darles edu- cacion pública ni privada? Los padres, destituidos de luces y de principios, no pueden comunicar á sus hijos estos co- nocimientos. En muchos pueblos no hay ni aun escuelas de primeras letras; y en donde las hay, están mal dirigidas por maestros ignorantes, no tienen método, se permiten en ellas librepes de desprecia- bles y aun perjudiciales, y solo están fre- cuentadas por un corto número de niños de los vecinos mas pudientes. ¿Qué es- traño es, pues, que haya muchos pue- blos donde no se encuentra quien sepa leer y escribir? ¿Por qué fatal casualidad se ha mirado con tanto desprecio la edu- cacion de la gente del campo? «Tantas „cátedras de latinidad, y de añeja y „y absurda filosofia como hay estableci- „das por todas partes contra el espiritu „y aun contra el tenor de nuestras sa- „bias leyes, decia el inmortal Jovellanos, „tantas cátedras, que no son mas que „un cebo para llamar á las carreras lite- „rarias la juventud destinada por la na-

„tur, la y la buena política a las artes
„útiles y para amontonarla y sepultar-
„la en las clases estériles, robándola á
„las productivas: tantas cátedras en fin,
„que solo sirven para hacer que supera-
„bunden los capellanes, los frailes, los
„médicos, los letrados, los escribanos y
„sacristanes, mientras escasean los arrie-
„ros, los marineros, los artesanos y la-
„bradores, ¿no estarían mejor suprimi-
„das, y aplicada su dotacion á esta en-
„señanza provechosa?» Ya es tiempo pues,
de que con preferencia á los objetos que
han ocupado la atencion de nuestros an-
tepasados, nos ensayemos en formar un
plan de educacion para la gente del cam-
po. La de nuestra provincia es suscep-
tible por ingenio natural y por la vive-
za de su imaginacion, debida al delicioso
clima que habita, de aprovechar con ven-
tajas cuantos medios se la proporcionen
para ello. Léjos de nosotros la idea de
darles una educacion literaria y científi-
ca. Solo queremos se les faciliten los me-
dios de adquirir los primeros elementos
de leer, escribir, contar y de la agricul-
tura moderna, y que conozcan los prin-
cipios sociales y de una moral bien en-
tendida, cimentados en las doctrinas y
máximas de nuestra divina Religion. No
es esto tan difícil como á primera vista
aparece. Nuestros hombres del campo
desean instruirse y solo les faltan los me-
dios para conseguirlo. En otros artí-
culos, propondré lo que creo mas á
propósito para generalizar en todos los
pueblos un sistema sencillo de educa-
cion física, literaria, rústica y moral,
que, mejorando nuestra agricultura y
las costumbres de los habitantes del campo,
haga desaparecer de nuestra provincia, en
cuanto lo permita la debilidad humana, los
crímenes que la infestan. Desvélese otros
en ventilar las grandes cuestiones de dere-
cho público, que yo creo hacer mayor bien
á la humanidad, proponiendo en un len-

guage sencillo los medios de mejorar las
costumbres de los hombres, especialmente
de aquellos que hasta aqui han merecido
ménos la proteccion de los Gobiernos.

L. T. de la R.

En la *Revista* número 9, del 29 de
Diciembre, se hizo un análisis del pre-
supuesto de gastos y productos del pro-
yectado camino de hierro del Puerto á
Jerez, y de los principales de Inglater-
ra. Ahora en el número de 8 de Fe-
brero del *Railway times*, periódico de
Londres consagrado esclusivamente á los
caminos de hierro, hemos visto las cuen-
tas del último semestre presentadas á los
accionistas, en tres que pueden llamarse
los principales de aquel pais, y nos pa-
rece que será oportuno, al par que cu-
rioso, presentar á nuestros lectores un
extracto de ellas, en el cual, para mayor
facilidad y claridad, abandonaremos las pe-
queñas fracciones, y haremos los cálcu-
los á razon de cinco pesos fuertes por
cada libra esterlina.

1.º El de Londres á Birmingham
de 112 1/2 millas de estension.

Capital de la compañía, 18 1/8 mi-
llones de pesos fuertes:

PRODUCTOS DEL SEMESTRE.

De pasajeros.....	1.273.500
Correos.....	37.000
Coches y caballos.....	81.000
Encargos.....	107.000
Mercaderías.....	217.000
Ganado.....	3.500

Pesos fuertes... 1.719.000

GASTOS DEL SEMESTRE.

En el camino para composiciones.....	225.000
Comestibles y consumos	156.000
Carruages y mozos de servicio.....	107.000
Policia.....	33.000
Gastos eventuales.....	35.000
Demérito de máquinas.	60.000
Gastos ordinarios.....	616.000
Intereses pagados por préstamos de dinero....	295.000
Cuatro p ^o á los accionistas por intereses de sus capitales.....	725.000
Pesos fuertes...	1.636,000

Resulta que en 112 1½ millas de estension, el gasto ordinario de servicio y conservacion ha sido á razon de 5.500 pfs. por milla en seis meses, ó sea 11.000 al año.

Que con el enorme producto de 1,719.000 pfs., ó sean 3 1½ millones de pfs. al año, solo se ha podido dar á los accionistas 8 p^o de interes anual sobre sus capitales.

Que la compañía tiene un déficit, ó sea un crédito contra sí, de 5 millones de pfs. sin fondos destinados á su pago, además de haber invertido un capital de mas de 18 millones.

Que no habiendo fondo de reserva para la renovacion de los carriles, cuando estos se deterioren habrá necesidad de un nuevo capital.

2.º Camino de Liverpool á Manchester 31 millas.

Capital de la compañía 5 1½ millones de pfs.

PRODUCTO DEL SEMESTRE.

De pasajeros.....	427.000
-------------------	---------

Mercaderías	286.000
Carbones.....	15.000
Pesos fuertes.....	728.000

GASTOS DEL SEMESTRE.

Carruages y servicio.....	150.000
Combustibles y consumo	160.000
Composturas del camino	40.000
Policia.....	5.000
Gastos eventuales.....	60.000
Cinco p ^o á los accionistas por intereses de sus capitales	282.300
Pesos fuertes ...	697.300

Resulta que cada milla en seis meses ha costado por servicio y conservacion á razon de mas de trece mil pesos fuertes en los seis meses.

Que los accionistas han tomado diez por ciento en el año; pero sin fondo de reserva para la reposicion de los carriles cuando sea necesario.

3.º Grand Junction 97 millas.

Capital de la compañía 7 millones de pfs.

PRODUCTO DEL SEMESTRE.

De pasajeros.....	922.000
Mercaderías.....	176.000
Ganado.....	18.000
Pesos fuertes.....	1.126.000

GASTOS DEL SEMESTRE.

Composturas del camino....,	54.000
Combustibles y consumos	190.000
Carruages y servicio...	176.000

Gastos eventuales.....	120.000
Gastos ordinarios.....	540.000
Intereses pagados por préstamos de dinero....	51.500

591.500

Siete p ^o á los accionistas por intereses sobre sus capitales.....	500.000
---	---------

Pesos fuertes... 1.091.500

Resulta que cada milla en seis meses ha costado por servicio y composiciones á razon de mas de 5.500 pfs. ó sean 11.000 anuales.

Que la compañía tiene un crédito sobre sí, además de su Capital invertido, de casi un millon de duros.

Que los accionistas han repartido en el último semestre siete p^o que equivale á 14 anual; pero sin fondo de reserva para la reposicion de carriles á su tiempo, ni para descargarse de la deuda.

De las anteriores comparaciones se deduce que el cálculo hecho en la *Revista* número 9, sobre el probable gasto de mantenimiento del camino proyectado entre Jerez y el Puerto, es muy moderado y muy inferior al de los tres citados, aun cuando estos se hallan en los sitios mas adaptados para los tres grandes objetos de economia en estas empresas, que son proximidad de ferrerías, y de carbones, y jornales baratos. En donde estas tres cosas hayan de costar mucho mas que en Inglaterra, necesariamente los gastos han de ser mas considerables.

Magdalena.

No, Magdalena, no, yo no puedo aprobar la petición de Giuseppe; jamas consentiré en

dar mi hija á un hombre que ha sido mal hijo, y que ciertamente será mal esposo. Giuseppe es un holgazán, que ha acabado con los bienes de su familia; si te ama, no es mas que por la dote que él supone crecida y piensa venir con sus manos lavadas á embolsarse el fruto de mi trabajo y de mis ahorros.

Así hablaba á su hija Magdalena Giovanni Vitelli de Albano. Magdalena fijó en su padre una mirada suplicante y se atrevió á contestar.

Acaso le juzgueis con demasiada severidad: con pravención quizá...

Pobre niña! replicó Vitelli; Giuseppe es indigno de enlazarse contigo. Olvidas, hija mia, su sospechosa conducta que ha apresurado la muerte de su madre?

Padre mio, Giuseppe tiene enemigos envidiosos... Pero aun cuando todo eso haya sido verdad, aun cuando haya sido culpable en otro tiempo, si se manifestase arrepentido, le despediriais?

No, querida mia; pero seria preciso que me diese pruebas convincentes de su arrepentimiento; seria preciso que cesase de tratar con todos los bribones del pais; que no fuese continuamente á vagar por la montaña; en donde tiene relaciones con gente peor todavía... sí; lo sé de buena tinta, porque el Señor cura me lo ha advertido: querida Magdalena, en nombre de tu felicidad, en nombre de la mia, por la memoria de tu madre, prométeme renunciar á Giuseppe.

Bien, padre mio, lo prometo.

Y al pronunciar esta palabra, no pudo Magdalena contener sus lágrimas; porque habia hablado con toda la sinceridad de su alma; confiaba en tener fuerzas para olvidar á Giuseppe; pero no podia ocultar la violencia que se hacia. Su padre la estrechó en sus brazos, la bendijo, y confundió sus lágrimas con las de ella.

No sospechaban el padre ni la hija, que aquella patética escena tenia un testigo invisible, Giuseppe en persona que se habia acercado á la granja con furtivo paso, acechando la ocasion de ver á Magdalena, y que al oír la voz del padre se habia aproximado á la ventana entreabierta. No perdió una sola de sus palabras, y en seguida se retiró, jurando y perjurando que habia de vengarse.

Pasaron algunos dias; Magdalena se confirmó mas y mas en la resolucion de obedecer las órdenes de su padre; evitó los parages en que solia encontrar á su amante, y ya creia haberle borrado de su corazón, sin embargo de que de cuando en cuando, pensando en él,

volvía involuntariamente la cabeza en sus solitarios paseos, para ver si la seguía.

Una noche, estaba durmiendo su Padre; ella iba á acostarse, cuando un golpecito dado en la ventana la hizo estremecer. Adivinó quien podría ser, y no contestó; pero al segundo golpe, temiendo que su padre se despertase, fué á abrir: era él.

Cruel Magdalena, dijo Giuseppe, hui de mí, hien lo he conocido, ¿pero os habeis hecho cargo de las consecuencias de semejante rigor? ¿Me creéis capaz de soportar la vida cuando se me arranca todo lo que á ella me une?

Giuseppe, respondió Magdalena, nunca desobedecí á mi padre.

Sí, sé que vuestro padre es quien os ha prohibido amarme, volverme á ver; y sé también la causa de esa prohibición. Piensa por este medio reduciros poco á poco á que os caseis con su amigo el yeje Tomaso.

Tomaso! ¿pensais Giuseppe que yo aceptaría á ese hombre por esposo?

Sí por cierto, á pesar de que os triplica en edad; es rico y yo por desgracia no lo soy ya. Sin embargo, hubiera trabajado; vuestro padre mismo hubiera encontrado en mí un hijo respetuoso; yo es hubiera ayudado á cuidar de su ancianidad; aun me quedaban esperanzas de desterrar las preocupaciones de Vitelli; pero supuesto que no me amais, renuncio á mis ilusiones. Adios, adios, para siempre, y Dios sabe á dónde me arrastrará mi desesperación.

Deteneos, Giuseppe, deteneos: os amo todavía.

Es cierto? pues probádmelo recibíendome mañana en vuestra casa; vuestro padre y vuestro futuro Tomaso van á Roma con pretexto de evacuar algunos negocios. Así que se marchen vendré.

En este momento se percibió un rumor; Magdalena asustada vuelve la cabeza.

Dios mío! esclama, que presagio! Mira, Giuseppe, ha saltado el cristal de la lámpara que ardía ante la imagen de la Madonna. Ese cuadro es un regalo de mi pobre madre. Ya lo ves, ni los santos en el cielo, ni los hombres en la tierra, aprueban nuestro amor.

Y yo estoy seguro, repuso Giuseppe, que el vidrio ha saltado en el momento en que yo nombraba á tu futuro Tomaso; con él habla el presagio. Adios, hasta mañana.

Al día siguiente, muy temprano, viendo partir á su padre, sintió Magdalena un secreto presentimiento; tuvo tentaciones de con-

fesarle que había vuelto á ver á Giuseppe; pero en este momento entró su compañero de viage para darle prisa; Magdalena creyó en efecto que se trataba de casarla con el viejo Tomaso y ahogó la voz de su conciencia cuando su padre la dijo:

Hasta la vista, hija mía.

Giuseppe se hizo esperar y vino ya muy entrada la tarde; parecía turbado y sombrío. A las preguntas que le hizo la tierna Magdalena, contestó atribuyendo su feroz inquietud al pesar que le causaba su próximo casamiento con Tomaso, y á las persecuciones que la afligirían si no tenía valor para huir con él. Magdalena se hallaba bajo la influencia de una primera desobediencia. Facilmente se dejó persuadir y subió á su habitación para buscar la ligera pacotilla que una jóven lleva consigo cuando consiente en un rapto.

En este intervalo, no permaneció Giuseppe ocioso, y se ocupó en tomar por su mano algunas cantidades y alhajas á cuenta de la dote y á escondidas de su víctima.

Facilmente halló el cofre en que el arrendador guardaba sus escudos; forzó la cerradura y llenó las pistolas de su caballo. Magdalena bajó temblando, derramó algunas lágrimas, dudó todavía, y al fin se dejó conducir y sentar en la grupa por su raptor.

A dos millas de la granja estaba el cementerio.

Detente, Giuseppe, dijo Magdalena, ¡mas paso por aquí sin entrar á saludar la tumba de mi madre, déjame colocar sobre ella algunas flores; quien sabe cuando volveré á ver este sagrado recinto?

Es un parage al que siempre viene unodemasiado pronto, replicó Giuseppe. La noche se va á echar encima...

Y no consintió en detenerse.

Llegaron á Velletri, en donde Giuseppe tenía una casa. Al entrar, no pudo menos Magdalena de esclamar:

Ah! qué pensaré mi padre de mí, si ha llegado ya á estas horas!

Piensas mas bien en el chasco que se llevará el Matusalem de Tomaso.

Aquella misma noche quedaron casados. Sabido es que en Italia nunca falta algun fraile ó pobre capellan que dé la bendición nupcial á cualquier pareja que se proporciona una dispensa, verdadera ó falsa.

Al día siguiente por la mañana se empuñó Magdalena en enviar un propio á Albano, que invocase de su parte el perdon de su padre. Giuseppe no opuso objecion alguna, y

el comisionado partió con una carta. Pero máginese el dolor de Magdalena cuando volvió el mensajero y le anunció que la víspera habían sido asesinados su padre y Tomaso en el camino de Roma!

En cuanto á Giuseppe, aquella noticia no hizo mas que conmovérle ligeramente.

Bien te lo había yo dicho, observó, que demasiado pronto se presentan las ocasiones de entrar en el cementerio.

La desgraciada jóven se estremeció al contemplar aquella atroz indiferencia que revelaba el mal corazón de su esposo.

Sin embargo, después que hubieron tomado posesion de la herencia, parecía que Giuseppe se esforzaba en desmentir la predicción de Vitelli. Se ocupaba formalmente en reemplazar al arrendador en los trabajos de su Granja; pero esta conversión no duró mucho y pronto se fastidió de una vida laboriosa. Magdalena fué madre y esperó que la cuna de su hijo despertaría mejores sentimientos en Giuseppe. Pero ni por esas, permanecía los días enteros fuera de su casa, y sus ausencias cada vez eran mas frecuentes y mas largas, é introducía en su casa hombres que no valían mas que él.

Razon tenía mi padre, decia la acongojada esposa, es incorregible.

Una noche, á deshora, fueron á despertarlo.

A casa del cura, contestó él con brusco acento.

Al día siguiente no volvió; Magdalena oyó decir á sus vecinos que aquella misma noche había sido asesinado y robado el Señor cura, por cuatro ladrones. A medio día se presentó una patrulla de carabineros á registrar la granja. Iban en busca de Giuseppe. Uno de los soldados exclamó.

Ya que Giuseppe ha escapado, prendamos á su muger.

No! no! replicó otro; harta desgracia tiene con ser muger de un bandido!

Luego que hubieron partido, Magdalena, atormentada por una duda horrible, abandonó su casa para ir á buscar á Giuseppe en la montaña; envolvió á su hijo en una mantellina y se encaminó por un sendero, por el que otras veces había seguido con la vista al que aun no podía decidirse á creer criminal. A la entrada del bosque se sentó para dar el pecho á su inocente criatura. Pero, ay! el manantial se había agotado por la vehemencia de las angustias que la atormentaban. En este momento aparecieron cuatro bandidos y quisieron

insultarla. Otro camarada se presentó y Magdalena reconoció en él á Giuseppe.

En qué estais gastando el tiempo? exclamó, cuidándose mas de su peligro que del asombro y terror de su muger.

Estamos vendidos; los soldados están á cincuenta pasos de este sitio... Vamos á ellos; y tú síguenos, dijo á Magdalena, ya que has sido tan loca que has querido venir.

A un cuarto de legua de allí se separaron los bandidos, á consecuencia de haber recibido un aviso de que el bosque estaba circunvalado. Giuseppe obligó á Magdalena á introducirse con él en un matorral y ocultarse bajo las ramas que él levantó con el cañon de su escopeta. Apenas estaban acurrucados en aquel escondrijo, cuando el niño empezó á llorar. Magdalena sintió que Giuseppe ponía en ella mano con colérico ademan.

El niño calló; pero su llanto había atraído á los soldados hacia aquel lado, y uno de ellos sondeando el follage con su bayoneta hirió á Magdalena en el brazo. Corrió la sangre; pero la madre no dejó escapar la mas leve queja, y estrechó á su hijo contra su seno. Un segundo bayonetazo alcanzó á Giuseppe, que hizo un movimiento, y este movimiento le vendió. Los soldados le descubrieron y le hicieron preso. Hubo uno que quiso maltratarle poniéndole esposas, mientras el maldiciente y blasfemaba de su desgraciada muger. Magdalena, trémula y llorosa, pidió gracia para el miserable y tendió los brazos sin soltar á su niño. Entónces echó de ver que ya no existía. Por miedo de ser denunciado por sus gritos, Giuseppe le había ahogado.

Afortunadamente para Magdalena su razon se estravió, y en el día está en una casa de dementes, donde ignora que Giuseppe ha sido juzgado y condenado; no solo por haber asesinado al cura de Albano, sino tambien á Tomaso y al padre de su esposa.

REVISTA TEATRAL.

CADA CUAL CON SU RAZON: *comedia original de D. José Zorrilla.*

Artículo segundo.

Dejamos al Marques lamentándose de su

mala fortuna: un mancebo mal aconsejado le habia robado el único bien que le quedaba en su vejez, una muger á quien amaba mas que á su vida, y no le habia sido posible vengarse como caballero, porque aquel mancebo era el Rey, y el Rey le habia encerrado en un castillo para mejor encubrir su propio crimen, segun presumia el Marques, y segun se llega á averiguar, para castigar el de este último que se habia insurreccionado.

REY.

Basta, Marques, si en el castillo os tuve fué por traidor no mas: que vuestra gente alzasteis contra mí: mas presto anduve y sofoqué la hoguera de repente.

Hasta qué punto se pueda acomodar esto último con las costumbres y los recuerdos históricos de la época, es cuestion no leve, y que no debiera haber descuidado un escritor de tanto ingenio é ilustracion como el Sr. Zorrilla: no es el reinado de Felipe IV en el que mas frecuentes han sido los alzamientos de los poderosos Señores con *su gente* para vengar los agravios recibidos del Monarca. Hubiera sido, por tanto, oportuno echar mano de otro resorte mas acomodado al carácter y usos de aquel siglo.

Mas en lo que funda principalmente el Marques sus reconvenciones es, en que haya intentado el Rey manchar la honra de su hija. La excusa de Felipe era har-to obvia.

REY.

Si hija hubiérais, á fé, ménos liviana, jamas hubiera por su amor venido.

Avergonzado el Marques, confiesa que está la razon en esta parte, del lado de quien tanto mal le habia hecho; pero su hija para libertarle de la prision á que le enviaba nuevamente el Rey, enseña el papel donde consiguió que pudiese este su sello, y que contenia el perdon de su padre.

DOÑA ELVIRA.

Mirad si obré liviana:

tanto á vos por mi padre me he humillado.
REY.

Dos partes tiene esa promesa insana: os perdono, Marques, cumplo la mia.

(A Elvira.)

Para cumplir la vuestra os doy un dia.

En la primera escena del acto siguiente se descubre la intencion¹ que habian formado Elvira y su padre de huir del Rey, para evitar el cumplimiento de la deshonrosa promesa. D. Pedro, viendo que no puede conseguir de su amada el permiso que solicita de acompañarla, se decide á pedir justicia al mismo Felipe.

DOÑA ELVIRA.

Os apartarán.

D. PEDRO.

¿Por qué?

DOÑA ELVIRA.

Porque al Rey cedais el paso.

D. PEDRO.

¡Dios de Dios! en ese case como vil le mataré.

La escena entre el mismo D. Pedro y el Marques es una lucha obstinada y escrita con el talento de un hombre que, dominado por su pasion, desconoce toda idea de deber social y de sumision, con otro en quien puede mas la lealtad que los ultrages que ha recibido y los nuevos infortunios que le amenazan.

D. PEDRO.

Como ladron de su honor de noche el Rey ha venido y mas vale un mal marido que el mejor galanteador.

MARQUES.

D. Pedro, mientras yo viva del Rey no ha de ser la dama: mas ya que su honra y fama en la de su esposo estriba, aconsejos que mireis, pues la pretendeis tan vano, al ofrecerla la mano el nombre que la ofreceis.

Para estorbar que lleve á cabo su intento da el Marques á entender á D. Pedro que hay una razon que debiera detener su mano aun cuando todos los demas subditos del Monarca tuvieran motivos de sobra para quitarle la vida.

Pudieran sí todos ellos
toda su sangre agotar...
y vos no podeis tocar
al menor de sus cabellos.

Y por si no bastasen estas misterio-
sas razones, el Marques usa de los dere-
chos que tiene á la obediencia de D. Pe-
dro, puesto que, segun se vé forzado á reve-
lárselo, él es quien le envia los conse-
jos que le dirigen y los dineros con que
vive. El enamorado D. Pedro, á quien
no satisfacen estas revelaciones miéntras
tanto que no se le confie el secreto de
su nombre y de su nacimiento
que secreto por mitad
callado, secreto es

y sabiendo que el Rey ha de venir á
casa de Elvira aquella noche á exi-
gir el cumplimiento de lo ofrecido, se dis-
pone á impedirlo, como lo da á entender
al despedirse del Marques.

Vacila el Marques sobre la resolucion
que ha de tomar, acongojado como pa-
dre que teme por la reputacion y por la
honra de su hija, como hidalgo á quien
sirve de freno la lealtad, y como hom-
bre que ve en peligro su libertad y aun su
vida. Al cabo se resuelve á echar mano
de un ardid. Hace que Doña Elvira se
recline sobre el sofá en ademan de dormir,
deja sobre el velador una copa, y una car-
ta escrita, en la cual hace creer al Rey que
entra de allí á poco por un balcon, que ha
dado un veneno á su hija para poner á sal-
vo su honra.

*Morir así fué su estrella;
yo mirando por mi honor
matéla tan solo á ella,
que á vos no tuve valor,*

A punto estaba de ser completo el éxi-
to de este ardid, porque el Rey creyendo-
la muerta y oyendo ruido de espadas, se
disponia á salir por donde mismo habia
entrado, pero le detiene D. Pedro quelle-
ga en aquel momento, con intento, segun
dice, de vengarse quitándole la vida, y á
quien ni detiene el dolor de la muerte de
su amada, ni el esplendor de la corona de
su rival.

REY.

¡Vasallo! ¿á quien la razon
contra su Rey no le falta?

D. PEDRO.

Mentis, no es Rey quien asalta
las casas por el balcon.

REY.

¿Y quién pudo haceros juez
en causa tan soberana?

D. PEDRO.

Vuestra injuria esta mañana,
y esta noche mi altivez.

(Con brio.)

Para darme una razon
corona me habeis pedido,
la vuestra se os ha caido
al subir por el balcon.

Llegan por último á cruzar las espa-
das sin que los detengan los lamentos de
Elvira, á quien el sobresalto y la necesi-
dad obligan á poner fin á su finjimiento;
pero en aquel mismo instante llega el
Marques y detiene á los combatientes con
sus inesperadas revelaciones. D. Pedro es
lijo del Rey.

MARQUES.

Vos me quitasteis mi amor,
y yo con afan prolijo,
me he vengado en vuestro hijo,
como quien era, señor.

Entónces se declara el Rey vencido;
abrazá á todos: nombra duque de Olme-
do á su hijo, y le echa al cuello el Toi-
son de oro: lo casa con Elvira, los con-
vida á vivir en su palacio, y les ofrece
que lleven su Real apellido. La comedia
concluye con las siguientes palabras.

REY.

En conclusion

Marques, la razon os sobra

MARQUES.

En Palacio, señor, obra
cada cual con su razon.

Hasta aquí lo que habrán podido ver
cuantos asistieron á la representacion de
la comedia: lo que no es posible que sepan
sino los que la hayan leído, es lo que dice
el autor en su prefacio, del cual nos es
forzoso hablar ántes de apuntar nuestro
imparcial juicio.

El autor ha buscado en Calderon y en

Lope recursos y personajes que en nada recuerden á Hernani y Lucrecia Borgia, y sin querer resucitar la ya mohosa cuestion de clásicos y románticos presume que no serian justas las censuras de los clásicos supuesto que están tenidas en cuenta las clásicas exigencias. La accion dura 24 horas; cada personaje no tiene mas que un objeto al que camina sin episodios ni detenciones, y la escenapasa en la casa del Marques de Velez. Los románticos, dice el autor, perdonarán que no haya en ella verdugos, anatemas, esqueletos, ni asesinatos.

Parécenos que en este corto prefacio ha juzgado con rigor estremado á una y otra escuela, al mismo tiempo que exige de ellas un favorable juicio. ¿Se dará por contento un clásico, con que estén observadas las tres unidades con escrupulosa exactitud? ¿No pedirá al gomas al autor de una comedia, aun sin hablar del ingenio, dote que no se puede negar al Sr. Zorrilla? ¿Y los románticos no exigen nada mas sino cadalsos, y verdugos de un autor dramático?

La primera falta que le encontraria un clásico rigoroso de la escuela de Moratin, á la comedia del Sr. Zorrilla, sería la de hacer intervenir en la accion á un personaje de tan elevada gerarquia como el Rey; sabido es que segun estos criticos, no deben figurar en el argumento de la comedia sino personas de condicion ni tan elevada ni demasiado humilde. Y no dejaban de tener razon en ello, ni era de leve importancia este precepto, atendidas las demas reglas clásicas: porque segun su opinion, solo el ridículo es del dominio de la comedia, y las faltas de los grandes y poderosos, por ligeras que sean, dan lugar á algo peor que la risa, y tienen consecuencias mas perniciosas que lo que solo es digno de burla. Ademas de que interviniendo en la accion del drama el poder de tan elevadas personas, siempre ha de desenlazarse su argumento por la fuerza de su influjo y de su voluntad, y no por los medios de que deben valerse los autores dramáticos.

En cuanto á los románticos, se quejarán y con razon de que el Sr. Zorrilla, autor de poesías líricas, nada ajustadas á las tradiciones clásicas, ni mucho ménos á las reglas de nuestros preceptistas modernos, no haya encontrado sino cadáveres, y verdugos, en las obras de Schiller, de Goëte, de Lord Byron, y de Victor Hugo: porno hablar de Calderon y de Lope, á quienes cuentan tambien los de esta escuela entre los suyos. Verdad

es, que cuandose han presentado sobre la escena pasiones tan fuertes y tan sin freno como las del D. Pedro del Sr. Zorrilla por ejemplo, no es difícil que ocasionen grandes catástrofes, asi en el mundo como en el teatro á ménos de que esté preparada una revelacion como la que hace el marques al fin de la comedia, á cuyo influjo todos quedan sosegados y satisfechos: revelaciones que son por desgracia poco comunes, para no hablar de su inverosimilitud. Tambien es preciso para que así suceda, pintar un Rey como el del Señor Zorrilla, que anda buscando aventuras y que se entra en las casas por los balcones, y esto sin que le disculpe una gran pasion, ni ninguna especie de sentimientos profundos y poderosos, sino solo por mera calaverada, é incitado por la aparente liviandad de una muger.

Por nuestra parte, sin ser amigos ni con mucho de los horrores ni de las exageraciones del drama moderno, confesamos ingenuamente que ya que se presenten escenas inmorales en los dramas, nos parece oportuno que aparezcan esplicadas, sino justificadas por una pasion, y las grandes pasiones dan lugar sin duda á grandes resultados, y á veces á tremendas catástrofes.

Pero lo que preguntarán á una voz clásicos y románticos, es el sentido moral, la consecuencia de la comedia, porque esto unos y otros lo exigen de toda obra literaria, supuesto que haya de ser algo mas que un puro entretenimiento. Todos exigen que el autor se proponga algun fin moral, si bien con la diferencia de que los clásicos escogerán con preferencia una leccion que pueda servir para la práctica comun de la vida, como por ejemplo, que corre grandes riesgos el viejo que se casa con una jóven, y los escritores de la escuela moderna, con pretensiones mas elevadas, desenvolverán alguno de los que ellos llaman *hechos psicologicos* como por ejemplo: *la cortesana purificada por el amor*, *la deformidad moral ó física realizada por la belleza de los sentimientos* y otros del mismo género.

Si la moralidad de la comedia del Sr. Zorrilla se encierra en los últimos versos, como hemos llegado á presumir no pudiendo hallarla en otra parte, si está esplicada en estas palabras

En palacio, Señor, obra
cada cual con su razon
en verdad decimos que no acertamos á com-

prenderla. Ese optimismo de nueva especie nos parece á nosotros, humildes críticos, extraño y hasta sin sentido. Se podría decir tal vez en vista del desenlace que todos los personajes de la comedia, eran una escepcion de esa nueva y facilísima regla de moralidad: y que otra escepcion no ménos notable es el autor, cuya razon para desenlazar de ese modo la comedia, no se descubre. Otros dirán que eso de obrar cada cual con su razon, buena ó mala, no sólo sucede en palacio sino en todas partes, y otros preguntarán, á cuento de qué viene en esos versos la palabra *palacio*.

Bueno es imitar á Lope de Vega y á Calderon: y el Sr. Zorrilla ha conseguido por fortuna rivalizar con ellos en su fluida y armoniosa versificación, en la naturalidad y gracia de los diálogos, en lo ingenioso de algunos de sus pensamientos. Pero mal está copiar sus peores obras como ha hecho y hasta con afectación el Sr. Zorrilla, en la trivialidad de la fábula. Eso podría parecer bien en el siglo en que vivieron aquellos ilustres escritores, siglo de tranquilidad moral en que todo lo que de hecho existía era respetado, sin que se atreviese nadie á dudar de lo que la generatidad creía y afirmaba. Pero en este siglo de innovaciones, en que todo está puesto en duda, en que no hay verdad moral que no haya sido mirada como un problema; en este siglo de discusiones y de mudanzas, ¿cómo es que un hombre de talento puede coger la pluma y escribir una comedia en que se habla de pasiones, de deberes y de creencias, sin la mira de explicar nada, ni probar cosa alguna? Bueno es no ser clásico, ni romántico, con tal de que no seamos frívolos en cambio.

D. Pedro y el Marques parecen además, según sus palabras y su conducta, uo hombres de la misma época y del mismo país, sino de dos siglos distintos, y esto no se ha de achacar á la fuerza de las pasiones del primero, supuesto que en todo el drama no se echa de ver, como parece natural en semejante caso, la lucha de sus ideas y de sus deberes con sus sentimientos. Para el Marques es la lealtad el primero de los deberes. Para D. Pedro no tiene ningún sentido esta palabra. No son tampoco dos hombres de distinto carácter, sino de distintas ideas, de distintas creencias, de distinta época en fin.

El desenlace es inverosímil. O era natural ó no, que cediera el Rey de su empeño luego que supiese que era D. Pe-

dro su hijo. Sino lo era ¿como ha dado este desenlace el poeta á su comedia? ¿Y si era natural que así aconteciese, á qué las dudas del Marques, sus congojas y hasta sus poco diestros ardides, supuesto que la fácil medio tenía en la mano de salvar la honra de su hija?

En medio de todos estos defectos, es tal la comedia del Sr. Zorrilla, que no sería posible escribirla á ménos de estar dotado de un aventajadísimo ingenio. ¿Quién puede poner en duda el de su autor?—J. J.

BOLETIN.

M. A. Neuberger ha inventado en París el medio de prolongar la duracion de los movimientos de las péndolas sin aumentar el volúmen, y limitando su precio y haciendo posible su adquisicion á las fortunas medias. Esta invencion reúne á la mayor regularidad una sencillez tal, que el relojero que examine estas péndolas puede enterarse muy pronto de su mecanismo y formarlo muy facilmente.

Una sola visita hecha en cada trimestre á la péndola, evita que pierda su frescura el dorado, y que se rompa el cilindro; los resortes fatigados infinitamente menos por su friccion seis veces mas raras, conservan en su integridad, su vigor, su energía y su primera elasticidad.

Parece que se van á abrir inmediatamente almacenes de esta nueva clase de péndolas, con cuerda para tres meses.

El emperador de Rusia acaba de regalar un anillo enriquecido de diamantes al arquitecto frances Mr. Jaoubert, como prueba de su agradecimiento por el homenaje que este artista le ha hecho, enviándole un ejemplar de su magnífico atlas de la villa de París. Dicho anillo le ha sido remitido por medio del baron de Spies, primer secretario de la embajada de Rusia.